

Manuel Rodríguez Becerra, presidente del Consejo Directivo de la Fundación Alejandro Ángel Escobar y amigo de Camila Botero Restrepo.

Buenas tardes:

Voy a pronunciar unas palabras como presidente del Directivo del Consejo de la Fundación Alejandro Ángel Escobar y en nombre del Consejo Directivo.

El dolor por el fallecimiento de un ser querido, llama a cientos de recuerdos como una forma de consuelo, que paradójicamente aumenta el dolor de su ausencia.

Ayer al escribir esta nota fue un día tumultuoso de recuerdos que se remontan a 1965, cuando tuve mi primera introducción a Camila, y ¡esa sí que fue una introducción bien particular! Como directora de la Biblioteca General de los Andes se acercó a una mesa de estudio en la que varios alumnos adelantábamos una ruidosa tertulia y después de señalarnos el letrero que ordenaba el SILENCIO, de una nos decomisó el carnet. Debí entonces presentarme ante la directora para que, a cambio de un fuerte y amable regaño, me restituyera el derecho de ingresar a la biblioteca, eso sí con la advertencia de que en la siguiente vez la sanción sería de gravedad.

Los recuerdos sobre Camila son tan diversos como sus pasiones, las que incluyeron en primera línea, la Fundación Alejandro Ángel Escobar, la Universidad de los Andes, y la Hacienda La Botero. La lectura, la música clásica, en particular la ópera, el arte pictórico, la política y la buena conversación estuvieron siempre con ella. Mis recuerdos, los de todos sus amigos están mediados por esa personalidad de Camila, caracterizada por una energía desbordante, el sentido del humor, su espíritu independiente y una rectitud que no hacía concesión alguna a las acciones indebidas, al abuso y a la mentira; así procedieran de los seres que más había querido.

Quienes la conocimos, bien sabemos que así era en su fuerte y definida personalidad y las pasiones y aficiones que iluminaron su cotidianidad, que así era su mundo. Un mundo en el cual Camila y yo construimos una entrañable amistad.

En La Botero, son inolvidables las cabalgatas con las cuales atendía a sus invitados, en las que además de contemplar ese paisaje infinito de montañas y del valle del río Cauca del suroeste antioqueño, descrito magistralmente por el escritor Héctor Abad Faciolince en novelas y columnas.

Camila hacia la inspección de los lotes de ganado, armada de zurriago, carriel y poncho antioqueño. La Botero es esa legendaria hacienda ganadera que su bisabuelo estableció en el siglo XIX en Puente Iglesias, municipio de Jericó, en las riberas del río Cauca, y atravesada por las aguas nacidas a más de 2000 metros de altura de las montañas de la hacienda.

En los atardeceres desde el balcón de la casa, allá abajo en la cercanía veíamos al río transcurrir, mientras conversábamos y discutíamos sobre los más diversos temas acompañados siempre de unas exquisitas bebidas, alcohólicas y no alcohólicas, y de una variedad de pasabocas, propios de esa anfitriona sin par, que era Camila y la que todos sus amigos siempre disfrutamos.

Y hay que decir que una vez murió su padre Cristián Botero, Camila supo administrar La Botero con eficacia, atenta a asegurar la necesaria rentabilidad de sus actividades productivas, así como las inversiones requeridas para la restauración y manteniendo de la gran casa de la hacienda, y así garantizar la conservación de este monumento de la arquitectura antioqueña del siglo XIX.

Una segunda pasión de Camila, fue la Universidad de los Andes, hoy en día para muchos muy olvidada. El rector Ramon de Zubiria la nombro como directora de la Biblioteca General en 1963, cargo que ejerció hasta 1965. Desde entonces y hasta 1994 siempre estuvo vinculada a los Andes, con algunas breves interrupciones, como fue su paso por la dirección de la Biblioteca de la Universidad Nacional, o su estadía de un par de años en París, a finales de los años 60s. Entonces regreso a los Andes como alumna de Derecho; Alfredo Lewin quien fue su compañero de clase en la primera promoción de este programa de la recién fundada Facultad y posteriormente su abogado en diversos asuntos, recuerda a Camila en las aulas: “Yo – me decía Alfredo algún día- en los dos primeros semestres no me atreví a abrir la boca en las clases, pues Camila era una alumna con puntos de vista bien

informados y articulados, y una persona de una amplia cultura y experiencia, cuyas intervenciones eran afirmativas y tajantes”. Así que Lewin se quedó dos semestres callado, por culpa de Camila, eso mismo le debió pasar a otros.

Esa era una característica de Camila, una amante de la palabra y por eso fue una asidua participante de las tertulias que tenían lugar en casa del jurista, político y académico, Mario Latorre Rueda, que conoció como su profesor de Derecho Constitucional, curso en el que acabo siendo su monitora. A la casa de Mario podía llegar cualquiera de sus amigos, que incluían desde magistrados, políticos y profesores universitarios, hasta estudiantes de pregrado de la Universidad a tomar una buena tasa de té negro al atardecer de cualquier sábado. Allí se reunían entre otros: Fernando Cepeda, que con Mario fueron los mentores de Camila en Ciencia Política y Rafael Pardo, con quien Camila además forjaron una gran amistad, trabajó en el Centro Interdisciplinario de Desarrollo Regional CIDER de la universidad de los Andes.

Camila no ejerció el Derecho, pero a través de su estudio llegó a la Ciencia Política y al Desarrollo Regional, dos áreas en las que a la postre enseñó en la universidad y en el CIDER contribuyo a la construcción de sus programas de investigación y formación, algunos de sus colegas como Eduardo Wills la recuerdan como el Alma del CIDER, por su convicción de fortalecer la descentralización y por el entusiasmo con que organizaba las visitas de campo a diversas regiones del país, como bien insustituible para conocer sus problemas y realidades.

Fue activa profesora en programas de pregrado y posgrado de la Universidad y sus estudiantes la recuerdan como exigente y buena docente. Sobre ese tema seguramente hará algunas anotaciones Maria Ángela Holguín, una de sus discípulas preferidas.

Su paso por los Andes duro cerca de 30 años. En 1994 tomo la decisión de retirarse como resultado de una controversia que tuvo con el entonces rector sobre algunas políticas académicas. No era la primera vez que Camila criticaba la gestión de la universidad, pues cuestionar el poder y quienes estaban en el poder era inherente a su personalidad y por ende la aplicaba a todo aquello con lo que estaba

comprometida. Como se dice popularmente *no tenía pelos en la lengua*. Ante la evolución de la controversia prefirió presentar su renuncia, le dolió mucho ese abrupto final de una de sus pasiones y lo cierto es que los Andes, mi universidad de la cual soy profesor emérito, nunca la resarcí. Pero ello no fue razón para que Camila dejara de expresar su admiración y afecto por los Andes cuando los jurados de los Premios Nacionales de Ciencias Alejandro Ángel Escobar distinguían a alguno de sus profesores ya fuera con el máximo galardón o una Mención de Honor.

La Fundación se debe a don Alejandro Ángel Escobar, un empresario visionario, y generoso, que a su muerte en 1953 dejó un significativo legado con el propósito de crear los Premios Nacionales de Ciencia y los Premios Nacionales de Filantropía [Solidaridad].

El desarrollo de la Fundación en sus 65 años de existencia es el producto de trabajo, dedicación y acierto de dos mujeres: doña María Restrepo de Ángel y su sobrina Camila.

En los primeros 35 años de su existencia, los logros y la consolidación de la Fundación se identifican con doña María, que no sólo hizo una lúcida gestión como directora ejecutiva y presidente de su junta directiva, sino que también le hizo nuevas y generosas donaciones a la Fundación.

En 1978 doña María vinculó a Camila a la Junta Directiva, conocía a profundidad a su sobrina, puesto que vivió con ella desde cuando vino a trabajar a los Andes como directora de la biblioteca en 1965 y vivió con ella hasta mediados de los años 80s. Además, doña María y don Alejandro fueron acudientes de Camila cuando vino a estudiar al colegio Marymount en Bogotá a finales de los años 40s. Y obviamente doña María bien sabía, como la carrera académica adelantada por Camila la habilitaba con creces para que ella fuese su sucesora.

En 1990 a la muerte de doña María, Camila asumió la dirección de la Fundación que desempeñó hasta el año 2011 y la presidencia de la junta directiva que ejerció hasta principio de este año [2020] cuando pasó a ser presidente honoraria.

Quiero resaltar 5 hechos de su gestión, obviamente hay muchísimos más, que me parecen muy significativos y muy expresivos de la forma como actuaba Camila.

En 1994 con motivo de los 40 años de la Fundación creo el premio Nacional en Ciencias del Medio Ambiente y del Desarrollo Sostenible, apenas pasados dos años de la histórica Cumbre de la Tierra, ese premio es quizás uno de los primeros que existieron en el mundo sobre desarrollo sostenible y eso habla bien, muy bien de la visión de Camila.

Justamente, debo hacer este paréntesis para decir que este año se premió en Ciencias Sociales un trabajo sobre la Amazonía [*Ríos que cantan, árboles que lloran. Imágenes de la selva en la narrativa hispanoamericana* de Leonardo Ordóñez Díaz] y el Premio en Ciencias-Medio ambiente y Desarrollo sostenible se le otorgó a un bello trabajo de un profesor de la Universidad Nacional en Leticia y de un indígena, [*ñairue Nagini - Sal de Vida: Biodiversidad como educación sexual* de Juan Álvaro Echeverri Restrepo y Oscar Romualdo (román) Jitdutjaaño] el profesor de la nacional dice que él sirvió de secretario del indígena y ahí se registran las formas como extraen los indígenas la sal de 60 especies de plantas y el significado en las culturas amazónicas.

Menciono esto porque mañana en la Catedra Nuestro Futuro, que dirige a Alejandro Gaviria en la Universidad de los Andes y que es de acceso público terminara la secuencia de este semestre que se especializo totalmente en la Región Amazónica, con una conferencia en la cual se presentaran esto dos trabajos, y lo interesante fue que lo previmos así con Alejandro Gaviria a principio de semestre, sin sospechar nunca que Camila fallecería antes de esta sesión y por eso mañana le vamos dedicar especialmente la última sesión de la Catedra Nuestro Futuro a Camila Botero.

En 2004 promovió la edición del libro *Fundacion Alejandro Ángel Escobar 50 años*, editado por el profesor Clemente Forero, está conformado por un conjunto de ensayos a lo largo de más de 700 paginas sobre la historia de la Ciencia y la Solidaridad en Colombia, vistas a través de la lente de los Premios Nacionales. La

parte correspondiente a la Solidaridad estuvo a cargo de Beatriz Castro, por quien Camila también tenía un gran afecto.

En 2005 Camila acogió la iniciativa de Cristian Samper, hoy director ejecutivo del Wildlife Conservation Society y antes director del Museo de Historia Nacional de Washington, que conjuntamente con su esposa Adriana Casas, le propusieron a Camila crear las Becas Colombia Biodiversa, para apoyar tesis de grado – pregrado y maestría- sobre temas relacionados con conocimiento, conservación y uso sostenible de la biodiversidad colombiana.

Se creó entonces un Fondo para soportar este programa, cuyos recursos han sido aportados y gestionados por la Familia Samper – Casas y que además ese conjunto de becas cuenta con una contrapartida de la Fundación Ángel Escobar. Es un maravilloso nuevo programa que está dirigido a los más jóvenes de los investigadores.

Por último, Camila enfrentó con entereza la crisis financiera por la cual atravesó la Fundación a principio de esta década, la que por sus circunstancias constituyó un grave golpe moral para Camila, en medio de la crisis vendió preciadas piezas de su colección de arte, para entregar su producido a la Fundación con el fin de poder otorgar los Premios de los años 2013 y 2014.

Hoy por fortuna esta crisis está totalmente superada y así la Fundación tiene toda la capacidad de continuar cumpliendo con el objeto social que le señaló ese hombre visionario que fue don Alejandro Ángel Escobar, el cual fue enriquecido con creces por dos mujeres ejemplares: doña María Restrepo de Ángel y su sobrina Camila.

Es el momento para decir que hoy está al frente de la dirección de la Fundación otra mujer, Verónica Hernández [Cárdenas] quien está haciendo una extraordinaria gestión. Parece que el destino de la Fundación Alejandro Ángel Escobar es que la dirijan mujeres muy competentes.

Para terminar estas palabras me complace anunciar que la Junta [Consejo] directiva [Directivo] de la Fundación en su sesión del pasado 27 de noviembre resolvió denominar el premio en Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible, como Premio

Nacional Camila Botero Restrepo en Ciencias del Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible, que nuestra querida Camila descanse en paz.